

## EN EL INICIO DEL NUEVO MILENIO\*

Hace tres años, en la apertura del año académico de 1998, tuve que despedir a dos cardenales argentinos que, con la diferencia de un par de semanas, coincidieron en su partida a la casa del Padre, sus Eminencias Monseñores Eduardo Pironio y Antonio Quarracino. En esa ocasión no los recordé por su notorio brillo en el firmamento eclesial y público sino por los surcos que abrieron en la modesta vida de esta Facultad, cada uno a su modo y según su propio carisma y condición. Evoqué al cardenal Pironio como aquel a quien le tocó presidir esta Facultad en su primera integración *académica* en la Universidad Católica e ilustrarla con su sabiduría teológica; al cardenal Quarracino lo recordé como el Gran Canciller que logró la plena integración *económica* de esta Facultad en la misma Universidad y que, mediante la asignación de dedicaciones especiales y la Fundación que lleva su nombre, puso nuevas bases para la excelencia en los estudios tanto de profesores como de candidatos a los grados académicos.

Hoy me corresponde celebrar la reciente creación de dos nuevos cardenales argentinos, sus Eminencias Monseñores Jorge Bergoglio y Jorge Mejía. Como en la ocasión anterior, omitiré lo que de ellos es notorio y me limitaré a sugerir el papel que cada uno de ellos ha desempeñado o desempeña en nuestra Facultad. Todos sabemos que, como Quarracino, el cardenal Bergoglio no perteneció a esta Facultad, aun cuando fue alumno del Seminario Metropolitano; pero de él todos esperamos que, en continuidad con su predecesor en el cargo de Gran Canciller, siga promoviendo nuestra plena integración en la Universidad, en un espíritu de comunión y participación, sin por ello perder nuestra singularidad de Facultad eclesiástica. En cuanto al cardenal Mejía, quisiera recordar algo que no todos saben y es que fue –y lo sigue siendo, en calidad de emérito– el profesor más antiguo del actual cuerpo docente de esta Facultad: hace exactamente 50 años le tocó ser el primero en el proceso de traspaso de esta Facultad de manos de la Compañía de Jesús a las manos del clero diocesano. Como testigo directo de esos lejanos tiempos, puedo

\* Discurso de apertura del año académico 2001.

decir que –como muchos– tuve la suerte de ser alumno de sus brillantes cursos de Sagrada Escritura y que –como a pocos– luego me cupo el honor de ser contado como uno de sus colegas en tareas docentes y directivas de esta Facultad que se extendieron por más de dos décadas. También aquí puedo testimoniar que, aun cuando por entonces él se había destacado sobre el resto de nosotros por una proyección internacional que le demandaba frecuentes viajes por el mundo, fue, a la par, un ejemplo de trabajo silencioso, de dedicación total a una investigación de excelencia y a una docencia en clases cuidadosamente preparadas durante largas horas de encierro en su cuarto del primer piso del Seminario, un cuarto a cuyas puertas uno podía ir a golpear con la seguridad de encontrarlo siempre y estudiando. Sin perjuicio de lo que haya que destacar de él en un futuro homenaje, hoy quiero evocarlo en esta perspectiva limitada y parcial pero que debe ser ejemplar, tanto para los profesores como para los alumnos de esta Facultad.

A ambos cardenales de la Santa Madre Iglesia vaya nuestro saludo respetuoso y cariñoso, acompañado de felicitaciones y de augurios para su nueva función en la Iglesia.

\* \* \* \* \*

La apertura de este año académico presenta la singularidad de coincidir con el inicio del nuevo milenio tras el cierre del gran jubileo, que celebró los dos mil años del nacimiento de Jesús. Señalar esta coincidencia no tiene la pretensión de convertir en el eje de tres milenios de la historia del cristianismo este modesto acto, como tampoco el breve lapso de la celebración del jubileo. Pero si esa celebración ya pertenece al pasado, con todo, sus *frutos* todavía pueden percibirse en nuestro presente. Por lo que atañe a la vida de nuestra Facultad, baste mencionar aquí dos frutos de nuestra pasada celebración del jubileo: el Curso de extensión del primer semestre y el Seminario intercátedras del segundo semestre. Se trata, respectivamente, de dos libros, del editado a mediados del año pasado con el título *Memoria, presencia y profecía*, y del que hoy damos a conocer con el título *Tiempo e historia*. Sobre más detalles remito al informe del Sr. Vicedecano. En cambio, por lo que concierne a la vida de la Iglesia universal, merece que consagremos el presente acto académico a considerar el balance del jubileo y las perspectivas para el nuevo milenio dados a conocer el pasado 6 de enero por el

sumo pontífice Juan Pablo II en su Carta apostólica *Novo millennio ineunte*.<sup>1</sup> Con este documento, Juan Pablo II cerraba la *celebración* de los dos mil años del nacimiento de Jesús y abría al nuevo milenio, caracterizándolo como una *nueva etapa* en el camino de la Iglesia (NMI 1a). Con el objeto de introducir a la comprensión tanto de sus grandes núcleos temáticos como de su articulación fundamental, me concentraré, en los minutos de los que dispongo, en las metáforas implicadas por sus cuatro consignas fundamentales: “navegar mar adentro, contemplar el rostro de Cristo, retomar el camino, testimoniar el amor”. Un análisis más extenso y detallado será proporcionado en el Curso de extensión que esta Facultad ofrecerá en el mes de mayo.

### 1. “Navegar mar adentro”

Esta primera consigna no apunta a un capítulo del documento sino al espíritu que lo atraviesa por entero. En cuatro pasajes claves (NMI 1b; 15b; 38b; 58 título), el Papa encara esta nueva etapa de la Iglesia con la consigna, impartida por Jesús a Pedro, de no quedarse en la orilla sino de remontarse a alta mar o de conducir o navegar mar adentro (*¡Duc in altum! Επαναγάγε εἰς βάθος* Lc 5, 4), echando las redes una vez más para que una pesca exitosa y abundante compense el fracaso expresado por este: “trabajamos la noche entera y *no hemos sacado nada*” (Lc 5, 5; cf. NMI 38b).

También nosotros, no sólo como individuos sino como Iglesia, hemos experimentado una análoga sensación de fracaso ante la noche cerrada del secularismo y del nihilismo y ante los estragos y extravíos generados, en el rebaño de Cristo, por las ideologías, los pseudomesianismos y las pseudorreligiones en los finales del milenio pasado. En este contexto, el caminar de la Iglesia no se reduce a un duro pero seguro desplazarse por tierra firme, a un recorrer un suelo familiar iluminados por claros planes pastorales, sino que a veces *llega a parecerse a un inseguro flotar sobre un abismo sin fondo, a un navegar e internarse en un mar indómito y amenazador*. Sabemos que en el antiguo Israel –un pueblo de pastores, nada afecto al mar– la reacción de temor ante el poder formidable y terri-

1. JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, Ciudad del Vaticano, 2001 (sigla NMI). En caso de duda, acudimos a la versión italiana como texto oficial. Dividimos los párrafos de cada número con letras latinas.

ble del mar tempestuoso se había exacerbado hasta el punto de considerarlo un símbolo de lo maligno y demoníaco.<sup>2</sup> En cambio, para el judío de la diáspora se abría otra posibilidad, la de embarcarse y surcar el mar bravío, animado por la fe en la providencia del Padre que abrió una senda en el mar (Sab 14, 1-3), caminando sobre sus olas (Jb 9, 8). Jesús, haciendo otro tanto, reveló su condición divina (Mc 6, 49; Mt 14, 26) de modo que sólo su llamado y la fe en él dieron a Pedro el poder de caminar sobre el mar (Mt 14, 28-31), luego de su fallida caminata sobre las aguas. Así quedó evidenciado lo frágil de una acción que no ha nacido de ese llamado ni está arraigada en una sólida contemplación creyente de Cristo.

También hoy, mientras las dimensiones indefinidas e inciertas del nuevo milenio pueden darle el aspecto no sólo de un "océano inmenso" (NMI 58a) sino de un mar turbulento y amenazador, *tan sólo la fe en Cristo Jesús puede infundir a sus discípulos la osadía y la fuerza para encarar su exploración así como la sabiduría para planificar la explotación de sus misteriosas posibilidades.* Mientras el vértigo de lo indefinido y desconocido del futuro hace que muchos pierdan sus cabales, se extravíen en las nebulosas de su imaginación y entren a delirar entre la utopía y la apocalíptica, *sólo la fe en Cristo permitirá a su Iglesia caminar sobre las aguas del nuevo milenio y avanzar con un rumbo definido y seguro para recoger a los nuevos discípulos en la red de Pedro.* Así, la fe, que es caminar en la oscuridad (2 Cor 5, 7), también puede considerarse como un navegar flotando sobre el abismo de un mar insondable, pero con la osada esperanza de alcanzar el puerto y el remanso que calma nuestros temores, colma nuestros deseos y premia nuestros esfuerzos. Desde esta fe, el sucesor de Pedro nos exhorta a meditar "sobre el misterio de Cristo, fundamento absoluto de toda nuestra acción pastoral" (NMI 15c), antes de lanzarnos a concebir "fervientes propósitos y trazar líneas de acción concretas" (NMI 3a).

Este poner el misterio de Cristo como fundamento de toda acción pastoral es el resultado del balance del primer capítulo, acerca de los principales eventos del jubileo. Por cierto, los hubo espectaculares, como el pedido de perdón en la Liturgia del 12 de marzo (NMI 6), las incontables peregrinaciones a Roma por parte de fieles de todas las edades y condiciones (NMI 8-10), la peregrinación a Tie-

2. J. DE FRAINE - P. GRELOT, "Mar", en X. LÉON-DUFOUR, *Vocabulario de teología bíblica*, Barcelona, 1972, 507 s.

rra Santa por parte del Papa (NMI 13), el Congreso Eucarístico Internacional (NMI 11), los Encuentros ecuménicos (NMI 12), etc. Pero a través de todo esto se trataba de revivir el acontecimiento de Belén (NMI 4) “contemplando a Cristo como ‘el Alfa y la Omega, el Primero y el Último, el Principio y el Fin’ [...]. *Y contemplando a Cristo hemos adorado juntos al Padre y al Espíritu*, la única e indivisible Trinidad, misterio inefable en el cual todo tiene su origen y su realización” (NMI 5b).

En consecuencia, “el núcleo esencial de la gran herencia que nos deja” el jubileo se concreta en “*la contemplación del rostro de Cristo*: en sus coordenadas *históricas* y en su *misterio trinitario*, acogido en su múltiple presencia en la Iglesia y en el mundo, confesado como sentido de la historia y luz de nuestro camino” (NMI 15a). “*Misterio de Cristo*”, “*rostro de Cristo*”. Es tiempo de considerar esta bipolaridad cuya interacción configura el capítulo II de la Carta apostólica.

## 2. Contemplar el rostro

Al referirse a la contemplación del “rostro de Cristo”, el Papa no está exhortando a una *visión inmediata de imágenes* sino a la mediación que pasa por *escuchar la palabra y el testimonio* de aquellos que positivamente vieron, oyeron y tocaron al Verbo encarnado (NMI 17a).<sup>3</sup> Si los mismos apóstoles necesitaron los ojos de la fe o la “*fides oculata*”<sup>4</sup> para ver el rostro del Resucitado, entonces su testimonio es, *a fortiori*, “una *visión de fe*” (NMI 17b). “En realidad, aunque se viese y se tocase su cuerpo, sólo la fe podía franquear el *misterio* de aquel *rostro*” (NMI 19). Sin la fe en el misterio de la encarnación del Hijo de Dios y de su trasfondo trinitario, el rostro contemplado se reduciría a una máscara sin alma ni corazón.

Las Escrituras enseñan que “el *corazón* del hombre modela su rostro, tanto para bien como para mal” (Ecli 13, 25), de modo que el rostro es el espejo del corazón (Prov 27, 19). En él se lee tanto el dolor y la aflicción (Jer 30, 6; Is 13, 8; Neh 2, 2) como el gozo del corazón (Prov 15, 13; Ecli 13, 26; Sal 104, 15). Pero, visto por el hombre, el espejo del rostro puede ser engañoso (Sant 2, 9). Sólo Dios mira

3. Sobre la antinomia veterotestamentaria entre *ver la imagen* y *escuchar la Palabra* y sobre su mediación en san Juan, ver P. RICOEUR, “Manifestation et Proclamation”, *Archivio di filosofia* 43, 1974, n° 2-3, 57 s.

4. S. TOMÁS, ST III q 55 a 2, ad 1m.

al corazón (1 Sam 16, 7) y juzga las acciones humanas según los corazones (Jer 11, 20; Ecli 35, 22; Mt 22, 16).<sup>5</sup>

A *fortiori*, sólo la “revelación” que viene del Padre pudo permitir a Pedro ver en Jesús no ya a tal o cual profeta redivivo sino al mismo Mesías y al Hijo de Dios (Mt 16, 16). Y es porque “la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros” por lo que “hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Unigénito, lleno de gracia y de verdad” (Jn 1, 14: cf. NMI 20). Esta bipolaridad de *palabra* y *carne*, de *gloria divina* y *morada humana*, evidenciada en la admirable fórmula de Juan evangelista, remite, como a su fundamento, al misterio de la unión de las naturalezas divina y humana en la persona del Verbo (NMI 21a) y permite hacer brillar en Cristo tanto el rostro del Dios invisible como el rostro del hombre (NMI 23a). Pero “para devolver al hombre el *rostro del Padre*, Jesús debió no sólo asumir el *rostro del hombre*, sino cargarse incluso del ‘*rostro del pecado* (cf. 2 Cor 5, 21)” (NMI 25a). Luego, en Cristo podemos contemplar, a la vez, un rostro *filial*, un rostro *doliente* y un rostro *glorioso*.

1. *Un rostro filial* porque, aun progresando en la conciencia humana de su misterio, “ya en su existencia terrena Jesús tenía conciencia de su identidad de Hijo de Dios” (NMI 24a) hasta el punto de que “ni siquiera el drama de la pasión y muerte conseguirá afectar su serena seguridad de ser *el Hijo del Padre celestial*” (NMI 24b).

2. Pero, sin dejar de sugerir filialmente el misterio del Padre, el Crucificado presenta un *rostro doliente* que revela el rostro del pecado y vela su rostro filial y glorioso (Mc 14, 65). En efecto, “sólo él, que ve al Padre y *lo goza* plenamente, valora profundamente qué significa *resistir con el pecado a su amor* [...]. Precisamente por el conocimiento y la experiencia que sólo él tiene de Dios, incluso en este momento de oscuridad *ve límpidamente la gravedad del pecado y sufre por esto*” (NMI 26). Por eso “el grito de Jesús en la cruz [...] *no delata la angustia de un desesperado*, sino la *oración del Hijo* que ofrece su vida al Padre en el amor para la salvación de todos” (NMI, *ibídem*). En este punto, el Papa tiene cuidado en agregar la perspectiva moderadora del evangelista san Lucas: “La misma narración de los evangelistas [...] recuerda que, aun en su profundo dolor, él muere implorando el perdón para sus verdugos (cf. Lc 23, 34) y

5. F. GILS y J. GUILLET, art. “Rostro”, en X. LÉON-DUFOUR, *Vocabulario de teología bíblica* (citado en n. 2), 804 s.

expresando al Padre su extremo abandono filial: 'Padre, en tus manos pongo mi espíritu' (Lc 23, 46)" (NMI 27). Una expresión que emplea la confiada plegaria nocturna (Sal 31, 6) que el judío dirigía a Dios como "Señor", aunque no como "Padre".<sup>6</sup>

3. "Pero esta contemplación del rostro de Cristo no puede reducirse a su imagen de crucificado. ¡Él es el Resucitado!" (NMI 28). Por eso, el suyo es *el rostro glorioso del Hijo, que refleja la gloria del Padre* porque "el mismo Dios que dijo: 'Brille la luz en medio de las tinieblas', es el que hizo brillar su luz en nuestros corazones para que resplandezca el conocimiento de la gloria de Dios, reflejada en el *rostro de Cristo*" (2 Cor 4, 3.6). Cómo descubrir este polifacético rostro de Cristo en nuestro prójimo necesitado, de ello hablará el capítulo cuarto (NMI 49a). Pero antes interesa asegurar la transición al capítulo tercero como el pasaje de la contemplación (del rostro de Cristo) a una acción que es *retomar un camino iniciado* y no un giro de 180 grados. Así,

...en el rostro de Cristo, la Iglesia, su Esposa, contempla su tesoro y su alegría [...]. La Iglesia, animada por esta experiencia, *retoma hoy su camino* para anunciar a Cristo al mundo, en el inicio del tercer milenio (NMI 28c).

### 3. Retomar el camino de la santidad

Tratándose de una *etapa* del camino de la Iglesia, no de un inicio absoluto, la respuesta apropiada a la pregunta "¿qué hemos de hacer?" (NMI 29a) no es *caminar* en general ni *comenzar* a caminar, sino "*retomar el camino*",<sup>7</sup> manteniendo el rumbo originario que es —dicho según la Constitución dogmática *Lumen gentium* (V 39-42; cf. II 11; III 32)— el de la común vocación de todos los cristianos a la santidad. Según el Papa, en esta nueva etapa de la Iglesia,

6. Cf. L. SABOURIN, *L'évangile de Luc. Introduction et commentaire*, Roma, PUG, 1985, 370. En coincidencia con esta perspectiva, ver también: R. FERRARA, "El amor del Padre", en R. FERRARA - C. GALLI (eds.), *Nuestro Padre misericordioso. Nueve estudios sobre la paternidad de Dios*, Buenos Aires, Paulinas, 1999, 76.80-83.

7. Este matiz del título, sugerido por el *Ripartire da Cristo* del texto oficial italiano (cf. *riprendere il cammino*, NMI 28c) se esfuma en el *Caminar desde Cristo* de la versión castellana, aunque puede recuperarse en el *Proficiscendum a Christo* de la versión latina.

...no se trata de inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en *Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste* (NMI 29c).

Sin embargo, dentro de este rumbo general caben tanteos que pueden entrañar “una apasionante tarea de renacimiento pastoral”. En este inicio del milenio, el Papa quiere acentuar la pastoral de las *Iglesias locales o particulares*, exhortando ardientemente a sus pastores a que:

...ayudados por la participación de los diversos sectores del pueblo de Dios, señalen las etapas del camino futuro, sintonizando las opciones de cada comunidad diocesana con las de las Iglesias colindantes y con las de la Iglesia universal (NMI 29d).<sup>8</sup>

Dentro de aquel rumbo general, el Papa señala “*algunas prioridades pastorales* que la experiencia misma del gran jubileo ha puesto especialmente de relieve ante sus ojos”, a saber: 1) hacer de la santidad el ideal de la vida cristiana ordinaria y sentirse insatisfecho con “una vida mediocre, vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial” (NMI 31b); 2) practicar “una vida de oración intensa que, sin embargo, no aparte del compromiso en la historia” (NMI 33b); 3) celebrar dominicalmente la eucaristía, como la Pascua que constituye “el eje central de la historia, con el cual se relacionan el misterio del principio y del destino final del mundo” (NMI 35); 4) fomentar la práctica del sacramento de la penitencia, como camino ordinario para obtener el perdón de los pecados graves” (NMI 37). Esta lista de prioridades enfatiza “la primacía de la vida interior y de la santidad” así como “la primacía de la gracia de Cristo”, sin la cual ‘no podemos hacer nada’ (cf. Jn 15, 5)” (NMI 38a). Sólo abriéndose a esta gracia por la fe y la oración, los esfuerzos de la ac-

8. “En las *Iglesias locales* es en donde se pueden establecer aquellas indicaciones programáticas concretas –objetivos y métodos de trabajo, de formación y valorización de los agentes y la búsqueda de los medios necesarios– que permiten que el anuncio de Cristo llegue a las personas, modele las comunidades e incida profundamente mediante el testimonio de los valores evangélicos en la sociedad y en la cultura” (ibíd.).



ción pastoral dejarán de ser vanos y obtendrán fruto abundante, como en la pesca milagrosa que evocamos al comienzo y que el Papa evoca en este punto:

Este es el momento de la fe, de la oración, del diálogo con Dios, para abrir el corazón a la acción de la gracia y permitir a la palabra de Cristo que pase por nosotros con toda su fuerza: *¡Duc in altum!* En aquella ocasión, fue Pedro quien habló con fe: "en tu palabra, echaré las redes" (NMI 38b).

Este "echar las redes" hoy en día se llama la "*nueva evangelización*"; *nueva* en cuanto que quiere reavivar en nosotros el impulso de los orígenes, el ardor de la predicación apostólica (1 Cor 9, 16), pero además *nueva*, en cuanto que "el cristianismo del tercer milenio debe responder cada vez mejor a la exigencia de *inculturación*. Permaneciendo plenamente uno mismo, en total fidelidad al anuncio evangélico y a la tradición eclesial, *llevará consigo también el rostro de tantas culturas y de tantos pueblos* en que ha sido acogido y arraigado" (NMI 40b). La belleza de este rostro pluriforme de la Iglesia, gozado particularmente en el jubileo, será quizá "un ícono apenas esbozado del futuro que el Espíritu de Dios nos prepara" (ibídem), en una evangelización convertida en una nueva pesca milagrosa.

#### 4. Testimoniar el amor

Si en el rostro de Cristo hemos contemplado su misterio, entonces estaremos capacitados para dar testimonio de su amor. Este testimonio tiene un perfil eclesial en el amor de *comunión* y un semblante más universal en el amor de *caridad* hacia cada ser humano. Ambas expresiones fluyen del mandamiento del amor mutuo que él nos dejó como testamento y mandamiento: "Ámense los unos a los otros como yo les amé" (Jn 13, 34).

A) Inspirada en ese mandamiento, una programación pastoral que responda al desafío del nuevo milenio será: "hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la *comunión*" (NMI 42-43). La *comunión* (*koínonía*) es el amor divino concretado eclesialmente, "para hacer de todos nosotros *un solo corazón y una sola alma*" (Hech 4, 32). Antes de programar iniciativas concretas y para evitar que nuestras instituciones sean meras máscaras de comunión, hay que *promover*

*una espiritualidad de la comunión*<sup>9</sup> que dé un alma a sus estructuras (NMI 43b), capacitándolas para acoger todos los dones del Espíritu y para convocar a todos los bautizados y confirmados a tomar conciencia de la propia responsabilidad activa en la vida eclesial (NMI 45-46).

Así, por un lado, sin menoscabar la promoción de *las vocaciones al sacerdocio y a la vida de especial consagración* (cf. Mt 9, 38), junto con el ministerio ordenado "pueden florecer otros ministerios, instituidos o simplemente reconocidos, para el bien de toda la comunidad, atendiéndola en sus múltiples necesidades" (NMI 46a). Por otra parte, al conjugar el pedido de operarios al Dueño de la mies (cf. Mt 9, 38) con la oración de Jesús al Padre por la unidad de sus discípulos (Jn 17, 21), el Papa exhorta a proseguir *la tarea ecuménica* "con la confianza de poder alcanzar, incluso en la historia, la comunión plena y visible de todos los cristianos" (NMI 48b).

B) Pero el testimonio cristiano del amor no queda encerrado en el ámbito de la *comunión intra e intereclesial*. "La vertiente ético-social es una dimensión imprescindible del testimonio cristiano" (NMI 52c), no sólo por la apertura universal de la caridad sino, además, porque nace de la contemplación de Cristo en el rostro del pobre. En efecto,

...si verdaderamente hemos partido de la contemplación de Cristo, tenemos que saberlo descubrir, sobre todo, en el rostro de aquellos con los que él mismo ha querido identificarse en el discurso escatológico [...] (Mt 25, 35-36). *Esta página no es una simple invitación a la caridad: es una página de cristología*, que ilumina el misterio de Cristo. Sobre esta página, la Iglesia comprueba *su fidelidad* como Esposa de Cristo, no menos que sobre el ámbito de la ortodoxia (NMI 49a).

9. "Espiritualidad de la comunión significa ante todo una mirada del corazón *hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado*. Espiritualidad de la comunión significa, además, capacidad de *sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico* y, por tanto, como 'uno que me pertenece', para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad. Espiritualidad de la comunión es también *capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro*, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un 'don para mí', además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente. En fin, espiritualidad de la comunión es *saber 'dar espacio' al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros* (cf. Gál 6, 2)..." (NMI 43b).

Finalmente esta doble motivación, antropológica y cristológica de la caridad exige, para el milenio que comienza, “una nueva *imaginación de la caridad*, que promueva [...] la capacidad de hacerse cercanos y solidarios con quien sufre, para que el gesto de ayuda sea sentido no como limosna humillante, sino como un compartir fraterno” (NMI 50b). Esta nueva *imaginación de la caridad* a la que convoca el Papa, ¿acaso nos llegará de los poderes públicos o de las grandes potencias financieras, nacionales o internacionales o de las brillantes mentes de profesionales, políticos, sociólogos o economistas? Si así fuera, ¡en buena hora! Pero nuestra “bimilenaria tradición de caridad” ¿tendría que resignarse a esperar la iniciativa de esos inciertos y postergados aportes o, más bien, volviendo a sus raíces, debería mirar hacia la sociedad, a la creatividad y al amor social demostrados por la gente común, animando, acompañando y potenciando incipientes proyectos y emprendimientos del así llamado “tercer sector”, modestos pero imaginativos testimonios del amor que ya comienzan a percibirse?

Queridos colegas y alumnos:

Esta Facultad hace votos para llegar al todavía lejano centenario de su existencia habiendo encarado este cambio de milenio con la conciencia de acometer una etapa nueva dentro de un camino ya iniciado y perfilado en su rumbo fundamental, a saber, *conocer, amar e imitar a Cristo para vivir*, en él, *la vida trinitaria y transformar, con él, la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste*. Como Pedro queremos seguir a Cristo por este camino, aun cuando por momentos sintamos que dejamos de pisar suelo firme y que vamos a naufragar en las aguas de un mar embravecido por los *vientos cruzados* del secularismo y de las pseudorreligiones.

Como Pedro imploramos a Cristo la *gracia de la fe*, para caminar *con él* sobre esas aguas y navegar mar adentro echando las redes de la nueva evangelización para lograr una pesca abundante. Que con esa fe conozcamos, amemos e imitemos a Cristo, *contemplando su rostro filial, doliente y glorioso*. Que la teología cultivada en esta Facultad nos ayude a contemplar, en el rostro *filial* de Cristo, el misterio de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, para comportarnos como hijos de un mismo Padre, hermanos del primogénito y de todos los miembros de su cuerpo místico. Que en el rostro *doliente* del Cruci-

ficado sepamos reconocer la miseria causada por nuestro pecado y egoísmo y asumirla, con la práctica de la misericordia y del perdón. Que en el rostro *glorioso* del Resucitado podamos vislumbrar la esperanza a la que hemos sido llamados.

En esta *esperanza* queremos seguir a Cristo por el camino de la santidad, una santidad vivida en la "excelencia" de la vida cristiana ordinaria, vida de oración, de participación en los sacramentos y de comunión en la caridad. Queremos que esta caridad "empiece por casa", haciendo de nuestra Facultad una "escuela de comunión" en donde todos, alumnado y personal directivo, docente y administrativo, aprendamos no sólo a tolerarnos y perdonarnos mutuamente sino a conocernos y estimarnos más profundamente, a valorarnos cabalmente.

Queremos *atestiguar un amor* que nos haga vivir la diversidad y variedad de los carismas y vocaciones en el servicio a la comunión en la Iglesia, esperando alcanzar, incluso en la historia, la comunión plena y visible de todos los cristianos. Que seamos testigos del amor mediante *una caridad imaginativa*, capaz de lograr que todos y cada uno de los hombres puedan llegar a ser comensales de los bienes temporales que Dios nos ofrece en esta morada terrestre, para que podamos acceder a aquellos bienes que él nos tiene reservados en su morada celestial.

*Ricardo Ferrara*